

PLINIO EL JOVEN, EDUCADOR Y PEDAGOGO ¹

Constantemente, a lo largo de sus cartas, muestra Plinio amor y preocupación por los jóvenes; siempre habla de ellos con ternura y con entusiasmo, mostrándose deseoso de ayudarles (IV 15; V 17 y 19,2; VI 23,2, etc.). Parece como si el hecho de no haber llegado a ser padre, a pesar de sus tres matrimonios, hubiera excitado en él aún más los sentimientos paternales. Y es, tal vez, este hipersensible espíritu paternal el que le lleva a pedir a Trajano el *ius trium liberorum* para algunos de sus amigos (X 4,94).

Una de las cartas dirigidas a Trajano en que se hace más transparente la sinceridad de Plinio es aquélla en que, a la vez que se lamenta de la falta de hijos, da las gracias al Emperador por haberle concedido también a él el citado *ius*, gratitud que, sin duda, es mucho mayor por verse considerado como padre que por las ventajas que tal derecho confería (X 2).

Otra prueba del amor de Plinio por los jóvenes puede verse en sus liberalidades para la fundación de escuelas y establecimientos benéficos con destino a los adolescentes pobres. No disimula su satisfacción cuando los jóvenes le toman como modelo y maestro:

Quid... mihi optatius quam me ad recta tendentibus quasi exemplar esse propositum? (VI 11,3).

¹ Las citas de Plinio que hacemos en este trabajo van referidas a la edición de A. M. GUILLEMIN en «Les Belles Lettres» para los libros I-IX de las cartas; el libro X, considerado como un *corpus* aparte, y el *Panegírico de Trajano* son citados por la edición catalana de la fundación Bernat Metge.

Y hasta en el empleo abundantísimo de los diminutivos que esmaltan su obra, y que, según ha demostrado recientemente N. Pliszczynska², expresan ternura más que pequeñez, puede observarse un espíritu delicado e infantil.

Si se nos permitiera una etimología isidoriana, intentaríamos justificar el sobrenombre de «joven» dado a Plinio, más que como un distintivo frente a la mayor edad de su tío, como una prueba de su amor a la juventud. De todas formas, no deja de ser un símbolo.

Una reciente lectura de las cartas de Plinio nos ha hecho fijarnos en este aspecto, atraídos por el cual intentaremos extraer de su correspondencia, examinándolas, las ideas pedagógicas del amigo de Trajano. Pero antes de enjuiciarle como maestro, veámosle como discípulo.

PLINIO COMO DISCÍPULO

Plinio como discípulo debe ser analizado desde el punto de vista de los dos fundamentales valores pedagógicos: la *educación* y la *instrucción*.

Educación.

Cuando Plinio tenía aproximadamente ocho años quedó sin padre. En Como, su pueblo natal, no había escuela. Educación, instrucción y enseñanza las recibió exclusivamente de su madre, pero por poco tiempo, pues ambos, madre e hijo, se refugiaron muy pronto en casa de su tío materno, C. Plinius Secundus, cuando éste regresó a Roma después de desempeñar en España el cargo de procurador.

A pesar de la diferencia de caracteres, toda la educación de Plinio está moldeada sobre el género de vida y los ejem-

² J. NIEMIRSKA-PLISZCZYNSKA *De elocutione Pliniana in Epistularum libris novem conspicua quaestiones selectae*, (Lublin, 1955, capítulo I.

plos recibidos de su tío, a quien él llama *per adoptionem pater* (V 8,5). Pero ¿cuáles fueron los ejemplos que recibió de su tío? Veamos algunos de ellos.

En primer lugar, una distribución conveniente del tiempo. Basta comparar la carta IX 36, en que Plinio nos cuenta cómo distribuye el tiempo en su villa de Toscana, con aquella otra (III 5,8-17) en que nos refiere la distribución del tiempo por su tío, para ver con qué fuerza caló aquel hábito en su espíritu. Pero esta meticulosa y regulada distribución iba encaminada a un aprovechamiento total del tiempo³. Nos dice Plinio que en cierta ocasión le reprochaba su tío los paseos dados a pie. «Hubieras podido —me decía— no perder esas horas» (III 5,16); y admirando esta usura del tiempo nos refiere la siguiente anécdota:

«Recuerdo que uno de mis amigos, habiendo cometido una falta de pronunciación el esclavo lector, le ordenó detenerse y volver a repetir la palabra. Mi tío le preguntó entonces: 'Pero ¿tú le habías comprendido?' Y como aquél hiciera un signo afirmativo, le dijo: 'Entonces, ¿para qué mandarle parar? Vuestra interrupción nos ha hecho perder más de diez líneas'» (III 5,16).

A pesar de la pueril vanidad que se nota en muchos de los pasajes de las cartas de Plinio, nunca se consideró a la altura de su tío ni en sabiduría ni en capacidad de trabajo, y con devota sinceridad nos dice:

«Suelo sonreirme cuando oigo que algunos me llaman sabio, a mí que comparado con mi tío soy un perezoso redomado» (III 5,9).

³ Esta metódica organización del tiempo fué una de las virtudes más admiradas por Plinio. Véase la carta III 1, en que hace el elogio de Espurnina.

Y como secuela obligada de la perfecta distribución y aprovechamiento del tiempo en un hombre de Letras, heredó de su tío el amor al estudio y el interés por toda clase de lecturas:

«Solía también decirme mi tío que no había ningún libro tan malo que no tuviera algo aprovechable» (III 5,10).

Así se explica la enorme afición a los extractos de Plinio el viejo (III 5,17), tarea en la que no sólo inició, sino que, al parecer, incluso se sirvió de la ayuda de su sobrino; pues, como este mismo nos refiere, cuando sobrevino la erupción del Vesubio se encontraba sacando extractos de las obras de Tito Livio por encargo de su tío (VI 20,5 y VI 16,7).

Rayando ya en los linderos de la instrucción, pero íntimamente relacionadas con la educación, heredó Plinio de su tío otras dos cualidades: la admiración por la Naturaleza y la afición por la Historia. En carta dirigida a su amigo Galo le dice: «Pues tanto tú como yo somos grandes admiradores de la Naturaleza» (VIII 20,10). Y que esto no era vana palabrería lo demuestran sus interesantes descripciones de la fuente de Clitumno (VIII 8), de la situada junto al lago Lario (IV 30) o del lago de Vadimón (VIII 20). Y por lo que a las aficiones históricas se refiere, dejémosle hablar a él:

Me uero ad hoc studium impellit domesticum quoque exemplum. Auunculus meus... historicus et quidem religiosissime scripsit (V 8,5).

Siempre dió Plinio una gran importancia a la Historia, a la que considera como una divinidad (IX 27); cuyo interés radica en la aportación de hechos (V 8); y cuya mejor cualidad es no salirse de la verdad y contentarse con hacer el relato exacto de las nobles acciones (VIII 33,10).

Instrucción.

Sabido es que en Roma todo ciudadano cultivado era bilingüe⁴. Desde la infancia se les enseñaba a respetar el griego como instrumento de cultura, y la lengua griega se aprendía en la escuela al mismo tiempo que la latina.

No sabemos quiénes fueron los maestros de Gramática latina ni griega de Plinio. El único testimonio que nos queda de su paso por la escuela del *grammaticus*, o sea, por la segunda enseñanza, es la noticia de la carta VII 4 donde nos dice que a los catorce años escribió una tragedia griega. Lo cierto es que de esta segunda etapa de su instrucción conservó siempre dos grandes amores: la lengua griega y la poesía.

Por lo que al griego se refiere, no solamente se precia de conocer y escribir perfectamente en esta lengua, sino que gusta también de presumir de amigos doctos en ambos idiomas, que incluso componen en griego epigramas y libros de Historia⁵. Y toda la correspondencia pliniana está llena de citas de Homero, de Tucídides y de los cómicos. No en vano hizo su Retórica en griego a la vez que en latín e incluso escuchó las enseñanzas de estoicos y sofistas.

Respecto a la poesía, he aquí su confesión de fe:

Poeticem ipsam religiosissime ueneror (III 15,2).

Y, en efecto, a más de aquella tragedia griega que compuso a los catorce años, probó fortuna en los endecasílabos, en el verso elegíaco y en el hexámetro (VII 4,3). Sin embargo, por lo que a poesía se refiere, creemos poder hacer estas tres apreciaciones a lo largo de su correspondencia:

1.ª La poesía no fué precisamente el fuerte de Plinio,

⁴ Cf. MARROU *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*, París, 1955. página 345.

⁵ Cf. las cartas III 1,7; VII 25,4; IV 3,3; IV 18 y VIII 4,3.

y sus versos no son de gran valor a juzgar por las escasas muestras que nos ha dejado (VII 4,6; VII 9,11). Por otra parte, su gusto poético no parece extraordinariamente depurado, pues atribuye la inmortalidad y la fama a poetas cuyos nombres quedaron totalmente en el olvido, mientras pone en duda la perennidad de los versos de Marcial:

At non erunt æterna quæ scripsit; non erunt fortasse, ille tamen scripsit tamquam essent futura
(III 21).

2.^a No consideró nunca como un descrédito la composición de poesías ligeras y frívolas, y justificó tal posición, no sólo por su gran amor a la poesía, sino también por el gusto predominante de su época y por la gran cantidad de personajes de renombre y famosos poetas que en tal género le precedieron (V 3,5-7), haciendo suyos también aquellos versos de Catulo:

*Nam castum esse decet pium poetam
ipsum, uersiculos nihil necesse est
qui tum denique habent salem et leporem
si sunt mollicili et parum pudici* (IV 14,5).

3.^a Le gusta a Plinio que le tomen como poeta y maestro de poetas. Disfruta viéndose consultado en materia de poesía, animando a unos, aconsejando a otros y, en general, alabando a todos los poetas. Díganlo, por citar algunas, las cartas dirigidas a su amigo Octavio (II 10) y a Silio Próculo (III 15) o los elogios que dirige a Marcial y a Arrio (III 21; IV 3).

Hasta aquí lo que aprendió y aprendió a querer Plinio en la escuela del *grammaticus*. Sigamos ahora sus pasos en la enseñanza superior, es decir, en la Retórica y en la Filosofía.

Prácticamente la enseñanza superior consistía toda en la Retórica; la Filosofía era una vocación, y el Derecho una especialidad puramente romana.

Descartando el Derecho, al que Plinio nunca se sintió

inclinado, podemos decir de él que fué un alumno completo, pues la división entre Filosofía y Retórica de la enseñanza superior equivalía a nuestra especialización en Ciencias o en Letras, y Plinio siguió las dos con idéntico aprovechamiento.

En Retórica latina tuvo como maestro al más grande de su época, primer *rhetor latinus* de carácter oficial: Quintiliano, a quien recuerda y admira (II 14,9; VI 6,3) y de quien toma muchas de sus ideas y enseñanzas ⁶.

En Retórica griega siguió las lecciones de Nicetas de Esmirna (VI 6,3), de quien nos habla también Tácito en el *Diálogo de los oradores* ⁷, y guardó un entusiasmo casi religioso por la oratoria del retórico Iseo (II 3), cuyo sistema de improvisación, a base de trabajo y de ejercicio, admira y adopta como propio ⁸.

Por último, en Filosofía siguió las lecciones del estoico Musonio (III 11,5 y 7) y posteriormente las de los discípulos de éste ⁹ Eufrates y Artemidoro (I 10 y III 11), de cuya amistad se ufana, y al último de los cuales incluso prestó ayuda monetaria cuando hubo de salir expulsado de Roma por Domiciano con los demás filósofos (III 11,2). De aquí que todo el pensamiento filosófico y las ideas morales de Plinio estén fuertemente impregnados de estoicismo.

Para terminar con la faceta de discípulo de Plinio el jo-

⁶ Es posible que Plinio tomara algunas de sus ideas sobre Retórica de la obra perdida de su tío, intitulada *Studiosi*, de la que nos da noticia en III 5,5 y que, en tres libros, exponía la formación del orador desde los comienzos hasta su perfección. Pero su fuente principal es Quintiliano y a veces Cicerón. Para este problema véanse los artículos de MARTHA Pline le Jeune, publicados en la *Revue des Cours et Conférences* entre 1898, I 433 y 1898-1899, I 592; y el de GUILLEMIN *La culture de Pline le Jeune*, en *Mélanges... F. Grat* I, París, 1946, 77-88. De todas formas la fuente principal se halla en sus cartas, sobre todo en I 20; II 3; II 5; III 18 y IX 26.

⁷ Tácito, *Diálogo de los Oradores* XV.

⁸ Cf. P. GRIMAL *Deux figures de la «correspondance» de Pline: le philosophe Euphratès et le rhéteur Isée*, en *Latomus* XIV 1955, 370-383.

⁹ De Musonio nos habla Tácito en los siguientes pasajes: *Anales* XIV 59, XV 71; *Historias* III 81, IV 10, IV 40 y Aulo Gelio XVI 1,1.

ven, apuntaremos cómo le gusta disfrutar ya en su vejez sentándose de nuevo en los bancos de la escuela y recordando sus tiempos de alumno.

Quid in senectute felicius, quam quod dulcissimum est in iuventa?, nos dice un cierto pasaje (II 3,6), y no oculta su emoción y su gozo cuando, buscando un maestro para los hijos de un amigo, se encuentra de nuevo sentado entre los jóvenes como uno de tantos, recibiendo a la vez de ellos un testimonio de admiración (II 18).

No creo, sin embargo, que deban encuadrarse en el discipulado de Plinio dos facetas que más bien son costumbres de la época que cualidades personales. Nos referimos de una parte a la manía de corrección por la cual los escritores, con el afán de perfección, se intercambiaban sus trabajos para ejercer sobre ellos una tarea de crítica y de lima, y, de otra parte, a la costumbre de dar lecturas, pues aunque dice Plinio que éste era un medio de llegar a la corrección, bien por los consejos de los oyentes, o bien examinando la expresión y gestos de sus caras (V 3,8), se nos antoja más una moda de sociedad para cierto género de literatura que una práctica eficiente y objetiva ¹⁰.

PLINIO COMO MAESTRO

Es digno de notar que la mayor parte de las ideas pedagógicas de Plinio el joven, sobre todo las que caen dentro del ámbito educativo, pueden encuadrarse en el marco de la Filosofía o de la Moral, pero conviene no olvidar que la Pedagogía jamás podrá separarse totalmente de la Filosofía e incluso de la Religión.

Que sus contemporáneos veían en Plinio un excelente guía moral, un maestro y un educador, nos lo demuestran las

¹⁰ Cf. GUILLEMIN *Pline et la vie littéraire de son temps*, París, 1929 y *Sociétés de gens de lettres au temps de Pline*, en *Rev. Et. Lat.* V 1927, 261-292.

muchas cartas en que contesta a las preguntas de parientes y amigos, ya sea sobre cuestiones políticas (I 23) o bien de tipo familiar (I 14,3), pero, sobre todo, para recomendar a maestros y educadores, pues la educación fué siempre para él asunto de suprema importancia (II 18,4).

Parece ser que Plinio, influido quizá por el recuerdo de su propia educación, se muestra partidario de que los jóvenes realicen sus estudios el mayor tiempo posible con la familia en enseñanza privada dada por un maestro particular (III 3,3). Tal vez sea esta una de las pocas ideas en que se separa de la opinión de su maestro Quintiliano, que se inclinaba preferentemente a la enseñanza en la escuela por derivarse de ella dos ventajas: la emulación y la costumbre de la colectividad cultural con miras a la vida pública¹¹. Sin embargo, en la enseñanza superior, incluso se muestra partidario de que las escuelas sean protegidas por el Estado. Y no otra cosa significa la alabanza que dirige a Trajano en el *Panegírico*¹² por haber tenido en gran estima y haber hecho volver a Roma a los maestros de Retórica, revocando la orden de destierro que pesaba sobre ellos desde el reinado de Domiciano.

Vamos a tratar de recoger las ideas pedagógicas de Plinio maestro, adoptando la división que ya hicimos en Plinio discípulo, es decir, educación y enseñanza, pero separando a su vez las ideas de cada una de estas facetas en dos grupos: las referidas al maestro y las referidas a los discípulos.

Cualidades del maestro como educador.

1.^a) Buena conducta. Esta es para Plinio la cualidad primordial del maestro. He aquí lo que escribe re-

¹¹ Quintiliano, *Inst. Orat.* I 2,5-6. Y véase EZIO BOLAFFI *La critica filosofica e letteraria in Quintiliano*, Bruselas, 1958.

¹² Plinio, *Panegírico de Trajano* XLVII.

comendando un maestro de Retórica latina para el hijo de Cornelia Hispula:

«Es preciso buscarle un maestro... cuya escuela se recomiende por su austeridad, moderación y, sobre todo, buena conducta» (III 3,3).

Y más adelante dice:

«Del cual aprenderá primero buena conducta y luego elocuencia, que sin la buena conducta es una enseñanza enfadosa» (III 3,7).

Toda esta carta abunda en las mismas ideas heredadas de su maestro Quintiliano, que reclamaba para el profesor las más altas garantías morales¹³.

2.^a) **H u m i l d a d**. Le agrada la sencillez y falta de petulancia, cualidades que si pondera en todo momento, le llevan a la admiración al hacer el retrato de Espurnina:

Quibus praeceptis imbuare! quamvis ille hoc temperamentum modestiae suae indixerit, ne praecipere uideatur (III 1,6).

3.^a) **E n s e ñ a r c o n e l e j e m p l o**, no con el miedo. «Porque el miedo es un mal maestro del obrar bien. Los hombres son mejor adiestrados por los ejemplos, que en primer lugar encierran en sí mismos la ventaja de demostrar que es posible lo que preceptúan» (*Panegirico XLV 6*).

4.^a) **A m o r**. No pierde de vista el precepto pedagógico de Quintiliano de que «la escuela es amor»¹⁴:

Longeque ualentior amor ad obtinendum quod uelis quam timor. Nam timor abit, si recedas; manet amor ac sicut ille in odium, hic in reuerentiam uertitur (VIII 24,6).

¹³ Quintiliano, *Inst. Orat.* II 2,1 y ss. Véase también la carta de Plinio, VIII 13.

¹⁴ Quintiliano, *Inst. Orat.* II 2,4-13 y 91 y ss.

5.ª) *Tolerancia*. Reconoce que los padres no deben extremar la severidad, recordando que también ellos han sido niños y quizá más traviesos que sus propios hijos (IX 12). Por otra parte, cree que a los jóvenes incluso les sienta bien un cierto abandono y como desorden que en manera alguna diría bien con los viejos, para los que reclama una vida plácida y ordenada (III 1,2). Y en todo caso, su doctrina a este respecto puede condensarse en aquellas máximas estoicas que admira sobremanera en su maestro de Filosofía, Eufrates, cuando nos dice:

«Fustiga los defectos, no a las personas; no maltrata a los que obran mal, los reprende» (I 10,7).

Así es como en numerosos pasajes de las cartas nos encontramos con este precepto de la tolerancia. Véase un ejemplo, al que adereza con sus acostumbrados juegos de palabras:

«Tengo por mejor y más perfecto al que perdona a los demás como si cometiera faltas todos los días y evita las faltas como si no perdonara a nadie» (VIII 22,2).

Principios que ha de imbuir el educador en los discípulos.

1.º) *Aversión a la envidia*. A través de sus cartas manifiesta Plinio esta máxima con el ejemplo, mostrándose siempre dispuesto a reconocer como modelos a cuantos escritores le agradan e incluso recomendando la lectura de los mismos a sus amigos. Clama frecuentemente contra la envidia, de la que dice que supone inferioridad:

¿Disertior ipse est? Tanto magis ne invideris, nam qui invidet minor est (V 17,4).

2.º) *Aversión a la avaricia*. Esto lo predicó Plinio ejerciendo asiduamente la virtud contraria, la

largueza ; fundando instituciones alimentarias, subvencionando escuelas y bibliotecas, dotando a las hijas de amigos pobres, prestando ayudas monetarias a filósofos, poetas y literatos jóvenes, que de todo esto se lee en sus cartas. Pero también la fustigó de palabra :

«Acuérdate —le dice a su amigo Avito— de que nada debe evitarse tanto como esa miserable mezcla de intemperancia y avaricia recientemente inventada» (II 6,7).

3.º) **Fuerza de voluntad.** Toda la carta 16 del libro III, dirigida a Nepote, está dedicada a enumerar rasgos heroicos, en los que admira, sobre todo, la fuerza de voluntad. Y nada le impresionó tanto, nos dice Plinio en otra carta, ni se le grabó con más fuerza que aquella palabra *κέχηται* «he decidido» que su amigo Cornelio Rufo dirigió al médico negándose a recibir alimento y resuelto a dejarse morir de hambre (I 12,10).

4.º) **Aprovechamiento del tiempo.** Virtud que aprendió, como ya vimos anteriormente, en el ejemplo de su tío y que él aconseja y practica incluso cuando se encuentra cazando en el campo (I 6 ; IX 10). Y se reguló siempre conforme a esta norma de vida :

«Anteponer las obligaciones al placer, lo serio a lo agradable» (VIII 21,3).

5.º) **La gloria es un resultado, no un fin.**

«Y si por cualquier circunstancia no se consigue la gloria, no por quedarse sin gloria una acción es menos hermosa» (I 8,14).

Y en otro pasaje :

«Las únicas buenas acciones que no desfiguramos y no criticamos demasiado son las que han sido hechas en la oscuridad y en el silencio» (I 8,6).

El mismo objetivo parece perseguir cuando escribe :

«Hay que preferir los intereses comunes a los particulares, lo duradero a lo pasajero» (VII 18,5).

Normas para el maestro como instructor.

1.^a) Dar ánimos al principiante y no hacerle desconfiar nunca de que se puede llegar a la perfección, porque

nonne, si prima quaeque improbari putas, debilitaris et concidis? (VI 17,10).

2.^a) Explicación de viva voz. Insiste en que no hay nada mejor para impresionar que la palabra hablada ¹⁵, porque

praeterea multo magis ut uolgo dicitur, uiva uox adficit (II 3,9).

3.^a) Brevedad en la exposición. Adaptada siempre, claro está, a la materia y tema de que se trata, pues en todo momento se muestra Plinio amigo de la medida y de lo justo (II 5,13) y recomienda la brevedad siempre que sea posible :

Oportet enim nos in hac certe in qua possumus breues esse (IV 5,4).

4.^a) Orden. Preceptuó el orden para todos los quehaceres de la vida. Y la carta en que elogia a Espurnina (III 1,2), así como las IX 36 y IX 40, no son más que un canto al orden y al método, virtudes muy loadas por los estoicos.

¹⁵ La expresión *uiva uox* se encuentra ya en Quintiliano (II 2,8) y en Séneca, *Epist.* VI 5 y XXXIII 9.

5.^a) Teoría unida a la práctica, ya que
difficile est tenere quae acceperis, nisi exerceas
 (VIII 14,3).

Y en otro lugar escribe:

«No ignoro que no existe mejor maestro que la práctica» (VI 29,4).

6.^a) Machaqueo. En este punto, a mi entender, es bien explícito Plinio. Y desearíamos deshacer aquí el error o la confusión que han originado en ciertos comentaristas algunos pasajes de la carta vigésima del libro I, sobre todo aquél en que afirma Plinio que «cuanto más largo es un libro es mejor».

No vale salir del paso diciendo, como B. Romano ¹⁶, que «el autor no se refiere a toda clase de libros, sino al libro bueno», ni tampoco interpretarlo como una alabanza y una total aprobación del estilo amplio. La idea en que más parece abundar Plinio en toda esta carta es la idea de la repetición, del machaqueo constante sobre el mismo tema. Basta con que nos fijemos en el valor semántico de las palabras en los pasajes claves de la carta. Veámoslos:

«Es prevaricar exponer en pocas palabras las ideas *inculcanda, infigenda, repetenda*» (I 20,2).

«Así un discurso penetra en un espíritu *non ictu magis quam mora*» (I 20,3).

«Sólo puede dejar clavado el dardo en el corazón de los oyentes aquel que *non pungit, sed infigit*» (I 20,18).

«Si tuviera que elegir elocuencia, escogería aquella que es *crebram et adsiduam*» (I 20,22).

¹⁶ Cf. B. ROMANO *Plinio Epist. I. 20,4 ex.*, en *Boll. Fil. Cl.* XX 1914, 206-207.

Creo que sobre este punto no es necesaria más aclaración. No solamente el significado de las palabras subrayadas está indicando reiteración, sino que la misma forma pleonástica e iterativa con que junta Plinio los adjetivos, sustantivos y verbos tiene un valor estilístico de machaqueo insistente.

Principios que ha de inculcar el instructor en los discípulos.

1.º) **A m o r a l s a b e r p o r s í m i s m o .** La invitación al estudio es un tema muy repetido en la correspondencia de Plinio ¹⁷. Ya que todo lo demás es frágil y perecedero, sólo el trabajo puede llevarnos a la inmortalidad (I 3,4; II 10,4); y en el elogio de Iseo, dice:

«Ha pasado ya de los sesenta años y permanece exclusivamente como un hombre de estudios. Los espíritus de esta clase son los más rectos y excelentes» (II 3,5).

2.º) **A f á n d e p e r f e c c i ó n .** Este afán es el que nos lleva a tener miedo a las faltas para así evitarlas; por eso escribe Plinio

timor est, timor emendator asperrimus (VII 17,13)

y quiere que la última obra sea la más perfecta:

Volo enim proxima quaeque absolutissima uideri
(VIII 3,2).

Pero a la perfección sólo se llega con el trabajo; por eso, a un amigo que le escribe diciéndole que no trabaja, le contesta con mucho gracejo:

«Tu carta dice que no trabajas, pero está escrita en un estilo tan perfecto como la de un hombre

¹⁷ Cf. GUILLEMIN o. c. en nota 10.

trabajador; de lo contrario, tú serías el más feliz de los hombres, por ser capaz de realizar obra tan acabada en medio de la desidia e inacción» (VII 13,2).

3.º) Imitación de los mejores. Pero no sólo de los genios de generaciones pasadas, sino también de los de la época presente. No hay que despreciar a los contemporáneos por el hecho de que se les ve, se les escucha y se habla con ellos (I 16,9) y es una insensatez creer que

«la Naturaleza, como si estuviera ya fatigada, no engendra nada admirable» (VI 21,1).

No terminan aquí las que pudiéramos llamar ideas de Plinio en orden a la instrucción. Se permite, incluso, dar consejos prácticos y concretos sobre el modo de estudiar. Y, como no podía menos de suceder, esos consejos van encaminados a la adquisición de una expresión correcta y elegante. Se trata de la carta VII 9, a la que muy justamente bautizó la doctora Guillemin con el nombre de *Institución Oratoria* de Plinio. He aquí resumidos los tales consejos:

1.º) Traducir del griego al latín y del latín al griego para adquirir riqueza de vocabulario y abundancia de estilo y para desarrollar sentido crítico y gusto.

2.º) Leer un modelo y, sobre las ideas del tema, tratar de redactar otro parecido para compararlo luego con el original.

3.º) Elegir de vez en cuando un pasaje de Historia como tema y escribir alguna carta poniendo en su redacción mucho cuidado, para armonizar el estilo elevado con el estilo rápido.

4.º) Escribir de tiempo en tiempo un poemita corto, en plan de juego o recreo.

5.º) Escoger determinados autores a quienes seguir, pues conviene leer *multum, non multa*¹⁸.

Sin haber escrito Plinio ningún tratado especial de edu-

¹⁸ Aquí la traducción de Guillemin es, además de justa, elegante: «Il faut lire beaucoup ses auteurs, mais non lire beaucoup d'auteurs».

cación ni pedagógico como Catón, Varrón o Quintiliano, dejó desperdigadas a través de su correspondencia, como hemos podido ver, muchas ideas sobre tales materias, y, si bien sigue muy de cerca los preceptos de Quintiliano y acepta muchos de los principios morales ya preconizados por Séneca, sin separarse en este punto de la corriente estoica, sabe, sin embargo, superar el concepto pedagógico senequista que, intransigente y rígido, encaminaba toda enseñanza y toda formación única y exclusivamente a un fin moral¹⁹. Plinio, sobrestimando la moral, no subestima la instrucción, a la que asigna también su importante papel en la escala de los valores pedagógicos. Si tuviéramos que encuadrar la pedagogía de Plinio el joven en el marco de las tendencias actuales, no dudaríamos en colocarle entre la dirección culturalista de Dilthey o Spranger y la caracterológica representada por Adler y Foester.

PLINIO, HISTORIÓGRAFO DE LA ENSEÑANZA Y DE LA CULTURA

Se puede decir que las cartas de Plinio son un precioso documento histórico-cultural de su época. Entre los múltiples datos interesantes y curiosos que se encuentran en su correspondencia, merecen atención especial los de orden cultural y pedagógico, algunos de los cuales recogeremos aquí.

El mecenazgo, una de las facetas salientes de la época imperial, lo vemos ejercido por el propio Plinio en diferentes empresas, como son:

1.^a) La fundación de una biblioteca en Como, su pueblo natal (I 8), para la que legó un millón de sextercios, según lo atestigua la inscripción del *C. I. L. V 5262*. En esto, como en otras virtudes, no hacía más que seguir los gustos de su tío, que ya alababa a Asinio Polión por abrir su biblioteca al público²⁰.

¹⁹ Cf. E. DE SAINT-DENIS *Sénèque et la noblesse de l'enseignement*, en *L'Information Littéraire* V 1953, 182-191.

²⁰ Plinio el Viejo, *Hist. Nat.*, XXXV 2.

2.^a) Subvención de un tercio para la fundación de una cátedra en Como (IV. 1).

3.^a) La fundación de una institución alimentaria. Consistían estas instituciones en el préstamo a bajo interés para comprar fincas rústicas, cuyos réditos se aplicaban a la instrucción y educación de cierto número de niños pobres. Ya bajo Nerva, Plinio había concebido el proyecto, que luego confirmó en su testamento, de hacer un legado a Como de 500.000 sextercios, cuyos réditos sirvieran para los citados fines. Y casi nos atreveríamos a afirmar que fué Plinio quien aconsejó a Trajano la puesta en marcha de estas instituciones de una manera oficial, si bien el modelo de tales fundaciones procedía de la época helenística ²¹. Véanse las cartas I 8-10; VII 18 y el *Panegírico* XXVI-XXVIII.

Sabemos también por Plinio que los maestros de primeras letras estaban mal retribuidos (I 8,11).

En las grandes casas había una especie de pensionado, el *paedagogium*, para los jóvenes esclavos (VII 27,13), y a los mejor dotados de entre ellos se les iniciaba en la cultura del espíritu, destinándoseles luego a lectores, secretarios, etc. Plinio nos habla varias veces de estos esclavos cultos con los que conversa a menudo, haciéndonos grandes elogios de su secretario Zósimo o de Encolpio (IX 36,4; V 19,3; VIII 1,2).

En la aristocracia de la sociedad romana había un gran número de mujeres cultas. Su propia mujer, Calpurnia, conocía las bellas letras y cantaba acompañada de la cítara los versos de Plinio (IV 19,2-4), y la mujer de Pompeyo Saturnino escribía cartas en las que Plinio creía leer a Plauto o a Terencio en prosa (I 16,6). Elogia también la instrucción y gustos estudiosos de la pequeña Mincia Marcela (V 16,3) y nos dice que las mujeres llenaban las galerías de la basílica Julia en los días de grandes procesos (VI 33,4).

La formación ciudadana o *tirocinium fori* la hacían los jóvenes bajo la dirección de su propio padre, y si no tenían

²¹ Cf. MARROU o. c. 161.

padre, bajo la guía de algún personaje ilustre (VI 6,6; VIII 14,6).

Era costumbre entre los romanos cultos colocar en sus bibliotecas retratos de famosos escritores (IV 28 y III 7,8).

En la época imperial parece que el gusto por la lectura se había extendido mucho. Plinio se entera por la carta de un amigo de que sus obras se venden en Lyon, donde ni siquiera sabía que existieran librerías (IX 11,2). El elogio del joven Régulo, escrito por su padre, alcanzó más de un millar de ejemplares (IV 7,2), e incluso en Roma circulaban prospectos y extractos de ciertos libros (II 5,12).

El maestro de Retórica griega parece ser que durante sus explicaciones vestía el *pallium*, mientras que el de Retórica latina llevaba la *toga*, según se desprende de la carta IV 11,3, donde se cuenta que el senador Valerio Liciniano, desterrado en Sicilia, y obligado para ganarse el sustento a dar lecciones de Retórica latina, ha de hacerlo vistiendo el *pallium* por estar prohibida la toga a los desterrados.

Por último, anotaremos que Plinio se queja también de la descortesía de los jóvenes de su época, si bien nos parece que ésta es la eterna queja de todas las personas de edad, por aquello de que cualquier tiempo pasado fué mejor. Y aquí terminamos transcribiendo las lamentaciones de Plinio:

«¿Cuántos se encuentran que tengan la deferencia de un inferior para con la edad o la autoridad de otro? En segundo lugar, lo saben todo, todo lo comprenden y no respetan a nadie, no copian a nadie, y ellos mismos son sus propios modelos» (VIII 23,3).

VÍCTOR J. HERRERO